



## Rituales

Literatura, 04/08/2012

### MIS CONVERSACIONES CON AZORÍN RITUALES

Vicente Adelantado Soriano

Pese a saber el tema sobre el que íbamos a versar, no preparé nada para la conversación de aquella mañana. Ni siquiera me tomé la molestia de buscar la palabra ritual en el diccionario. Tenía interés por comprobar hasta dónde nos podía llevar nuestra charla sin basarnos en etimologías, ni en otro tipo de apoyos externos. Quería saber, y me lo planteé con una sonrisa en los labios, si iba a ser posible mantener, de esta forma, una conversación seria, rigurosa. Desde luego, en el dudoso caso de que la conversación quedara deshilvanada, echaría mano del diccionario y la retomáramos en mejores circunstancias. No obstante, tenía una fe absoluta en Azorín, y sabía que iba a resultar más que improbable no sacar hartos provechos charlando con él, se desarrollase la conversación como se desarrollase. Con esa certeza, y con un ligero toque sentimental, me dirigí a su encuentro.

-Muy buenos días, querido amigo. ¿Ha descansado usted bien esta noche?

-Buenos días, Azorín. Perfectamente. ¿Lo pregunta usted por algo especial? He creído notar un cierto matiz irónico en su pregunta.

-Sí, sí, lo hay; permíteme, pero me lo he imaginado a usted buscando etimologías y tomando notas en papelitos de colores antes de venir aquí.

-Esta vez se equivoca, Azorín; quiero ver hasta dónde llegamos sin este tipo de ayudas. Así que no he traído nada. Tampoco he consultado ningún diccionario. De verdad.

-Vaya. Pues habrá que empezar sin definiciones, razonando por intuición, o basándonos en experiencias propias.

-Exacto, así es. Y ya para empezar, y sin más: ¿usted cree que puede existir una sociedad sin rituales?

-Ahora sería el momento de preguntarle qué es un ritual, y cuántos tipos de rituales existen o pueden existir. Pero, claro, sin definiciones, difícil se me hace contestarle de una u otra forma. Pese a la dificultad, no obstante, yo le diría que no, que ninguna sociedad puede subsistir sin rituales.

-¿Y a qué cree usted que se debe eso? ¿Son todas las sociedades creyentes y necesitan, en consecuencia, del ritual?

-El ritual, querido amigo, no tiene porqué ser religioso. Ignoro la respuesta correcta a la otra pregunta; pero por los libros que he leído, y por pura intuición, parece que no hay ninguna sociedad donde no haya un dios, una creencia en el más allá, una cosmogonía.

-Entonces, el ritual, relacionado con la religión, sería como una especie de oración al dios de esa creencia.

-Sí. Pero también puede ser un deseo de hacerlo presente repitiendo hechos o palabras que él dijo o hizo, o se cree que hizo.

-Estoy de acuerdo con usted. Pero sin olvidar, por supuesto, que la mera repetición de un acto, o de unas palabras, puede llevar a su mecanización, a despojarlas del sentido original.

-Ese es el problema, querido amigo, que sufren todas las sociedades. Recuerde que hasta las palabras se desgastan, o se olvidan, y hay que estar siempre restaurándolas o reponiéndolas.

-También se cargan de otros sentidos que antes, en un primer estadio, no tenían.

-Claro: las palabras están vivas; no son entes muertos.

-Lo mismo sucede con los rituales, querido Azorín, ¿no le parece a usted?

-Por supuesto. A menos que estos mueran. ¿Cree usted que se celebra igual la Navidad ahora que en la Edad Media?

-No, decididamente, no. Y ese era uno de los puntos que me interesaba, y me interesa, de esta discusión.

-Me alegro de que hayamos llegado tan pronto al meollo de la cuestión. Plantee usted, pues, el problema que le inquieta.

-No es que me inquiete, Azorín. Sencillamente quería reflexionar sobre una serie de cosas, comportamientos si quiere usted, relacionados con el rito.

-Usted dirá, querido amigo. No obstante, y antes de seguir, quisiera decirle, si me lo permite, que es posible que todas las sociedades tengan ritos y rituales, dioses y héroes, porque la vida es muy dura; y el hombre, un pobre ser desvalido, que clama en el desierto, siempre necesita apoyos.

-No sé si lo interpreto bien, Azorín; pero desde que tengo uso de razón he pensado algo similar: si el hombre aceptara su radical soledad, y fuera capaz de vivir con ella, no necesitaría de la religión, que es un consuelo, al fin y al cabo para quien no acepta tan terrible soledad.

-Tal vez, querido amigo, tal vez.

-Sí. Tal vez.

-Ya sabe: a medida que uno se hace mayor, la duda le va ganando terreno. No hagamos, pues, grandes afirmaciones; no estamos seguros de nuestras apreciaciones.

-Tiene razón, Azorín. Por otra parte no es ese el punto que más me interesa de la conversación. Se lo planteo ya de forma un tanto brusca y directa: ¿cree usted que un rito, o unos rituales, se pueden quitar y poner por decreto de un gobierno?

-Creo que no. Sólo el tiempo, mansa y lentamente, tiene poder para eso. Pero el tiempo no mata los rituales, querido amigo: los transforma. Creo que, en el fondo, el hombre siempre está realizando las mismas o parecidas acciones.

-Le he hecho la pregunta porque no hace mucho a unos políticos, o mejor dicho, a unos representantes de sus propios intereses, y de algunos ciudadanos, se les ha ocurrido la idea de suprimir los nombres de las fiestas religiosas a fin de hacerlas laicas, o de intentarlo.

-¿Y qué van a conseguir con eso?

-Imagino que demostrar que están vivos, y que tienen un programa político.

-¿Y a usted le preocupa semejante y vacío intento?

-No sé si me preocupa el intento de ellos o ver y palpar yo la vaciedad de los políticos actuales. Creo, sinceramente, que hay mucho más de lo último.

-No confíe en semejante casta. Son un mal, una plaga que hemos de sufrir. Por otra parte, y por más que lo intenten, usted sabe que, en el fondo, todo ritual sobrevive. Aunque, a veces, se disfraza de mil modos diferentes.

-Debo reconocer que tiene usted razón... No obstante no sería lo mismo, por ejemplo, unas Navidades sin belenes, villancicos, estrellas y adornos. Hay algo especial en eso. Y conste que se lo dice un agnóstico.

-Da lo mismo, querido amigo: un agnóstico también participa del ambiente. Y el ambiente nos define y determina.

-Efectivamente: a mí por aquellas fechas me encantaba estar primero con mis padres y luego con mis hijos... no, yo no soy de esos que quiere a toda la familia a su alrededor. Yo quería estar con mis hijos. Nada más. La cena de Nochebuena me religaba a ellos... Y luego, querido Azorín, me creé mi particular ritual.

-Quizás esos rituales sean los más interesantes.

-Hoy me temo que voy a ser un poco subjetivo. Dicho de otra forma: temo que voy a hablar de mí mismo.

-Hágalo usted; todos necesitamos nuestros pequeños desahogos.

-Con su permiso. A mí no me gusta ir a los cementerios, Azorín. Hay gente que va en fechas determinadas, en el aniversario de la muerte, por Todos Santos... yo rara vez voy al cementerio. Pero me creé mi propio ritual.

-Está usted en su derecho, querido amigo.

-Mi padre, Azorín, murió muy joven. Yo también era muy joven cuando murió. Me puse a trabajar, por necesidad, en cuanto falleció. Con las primeras monedas que gané me compré los *Episodios nacionales*, de Galdós y un tocadiscos. El primer disco que sonó en mi casa fue el *Requiem*, de Mozart. Todos los años, en el aniversario de la muerte de mi padre, oía el *Requiem* con seriedad religiosa.

-Un bello ritual, sin duda. ¿Sigue usted practicándolo? Espero que no considere impertinente mi pregunta.

-No lo es, Azorín. Y no, no sigo practicándolo, pues aquel ritual me aficionó tanto a Mozart, que lo oía día sí y día no: ya no tenía mucho sentido oírlo en un determinado momento, en el que, tal vez, ni me apetecía.

-Lo ha interiorizado usted.

-Sí. Algo así ha sucedido.

-Cuando se convive mucho tiempo con algo, sea real o inexistente, ese algo puede llegar a formar parte de nosotros mismos. A veces, querido amigo, se siente muy próximo a Cervantes, a Rojas, a fray Luis de Granada... es como si fueran amigos íntimos; o algo más que íntimos. Y contra eso, créame, nada puede ningún decreto.

-Lo creo. También creo que tiene usted razón cuando dice que, tal vez, no se pueda vivir sin rituales.

-Eso no lo sé, querido amigo; no lo sé; tal vez haya personas que puedan vivir sin ellos. Quizás no lo puedan hacer otros hombres; y no tienen por qué ser los sentimentales.

-Un día, Azorín, y vuelvo a contarle mi vida, usted perdone, me fui con mi madre al cine. Mi madre también era una gran aficionada al séptimo arte. Ya no recuerdo si fui yo antes a ver la película, y luego la llevé a ella porque imaginé que le gustaría mucho, o fuimos los dos un poco a la aventura.

-¿Y qué película fueron a ver?

-La película de la cual le hablé el otro día: *Fanny y Alexander*, de Ingmar Bergman.

-¿Es buena?

-Muy buena.

-¿En color o en blanco y negro?

-En color.

-Me la tiene que pasar, por favor.

-Cuente con ello.

-Prosiga, prosiga.

-Recordaba y recuerdo la película con todo lujo de detalles. Me encantó. Unas Navidades una amiga me la regaló... ya no sé cuántas veces la he visto, pues no hay Navidades que no me la ponga, evoque a mi madre, y disfrute viendo la película. Tanto como antes gozaba con Mozart.

-¿Y usted, querido amigo, cree que alguien le va a quitar eso?

-No, esto no me lo pueden quitar. Es como intentar despojarnos del dolorido sentir.

-Muy bien expresado.

-Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

-Usted siempre con sus refranes.

-¿Qué le vamos a hacer?

-Nada, hijo, resignación y paciencia. De todas formas a mí también me gustan mucho.

-Sí. Usted también repite con cierta frecuencia el de la oreja cerca de la teja.

-Es verdad, tiene usted razón. Bien, por otra parte, y es lo que nos interesaba, creo que ha quedado claro que jamás, ni políticos ni ordenanzas, nos podrán despojar de nuestros sentimientos. Sean de una forma o de otra, aflorarán. Y con ellos, los ritos, sean sacros o profanos.

-¿Sabe? En la película de Bergman hay, nada más comenzar esta, una cena familiar. La familia es numerosa. A la cena, además, asisten las criadas y un amigo de la casa. Al finalizar de comer, tras los brindis, todos, cogidos de la mano, recorren la casa cantando. Esa canción, Azorín, se me clavó en el cerebro. Yo tengo muy mal oído y soy incapaz de reproducirla; pero ya no concibo unas Navidades sin oírla.

-Y se acuerda usted de su familia. En tanto lo hace, además, le invade una dulce melancolía, una suave tristeza. Y tiene la impresión de tenerlos a todos a su lado.

-Sí. No se podía decir con más exactitud.

-Bien, querido amigo, pues de esta forma, y sin diccionarios, podríamos ya definir qué es un rito.

-Creo que sí: la repetición de un acto determinado con la finalidad de hacer presente y real lo que fue presente y real en un pasado más o menos remoto o lejano.

-Nos podría servir esa definición como conclusión de nuestra charla. Aunque algunos puristas nos podían tirar en cara que falta un elemento esencial en nuestro rito.

-Imagino a cual se refiere.

-Yo estaba pensando, querido amigo, en que el ritual se oficia ante varias personas. Pero ¿es esto esencial? Creo que no, ¿qué le parece a usted?

-Es posible que haya personas que necesitan del concurso de los demás para realizar un ritual. Pero no creo que sea imprescindible.

-Yo tampoco lo creo.

-Es un ritual, por ejemplo, que siempre que llegamos a esta fuente beba usted de su agua. Imagino que si no estuviera yo, y usted saliera a pasear solo, bebería igualmente.

-Lo echaría de menos, querido amigo, lo echaría de menos; pero tonifica tanto esta agua que sí, bebería igualmente. Un conocido me contó una vez que un amigo suyo perdió a su mujer. Fue una muerte repentina la de ella. El hombre todos los fines de semana subía a una alta montaña, sita en su vecindad, donde paseaba con ella. En lo más alto de la montaña bebía agua de una botella que llevaba consigo. Pero siempre, antes de hacerlo, arrojaba un poco de agua, y pronunciaba unas palabras en latín: *Sic tibi terra levis*.

-Cada uno sobrevive como puede. Y el ritual, a veces, puede ser un bálsamo. Beba usted, Azorín, beba usted.

El maestro bebió con fruición. E inmediatamente emprendimos el regreso hacia el pueblo. Ya en la entrada del mismo me volvió a recordar mi promesa de dejarle la película de Bergman. Le prometí llevársela esa misma tarde, pues no la necesitaba hasta las próximas Navidades. Todavía faltaba mucho tiempo para mi particular y solitario ritual.

